



Una pandilla de villanos en Singapur

Shamini
Flint

AMOK
EDICIONES

Una pandilla de villanos en Singapur
Serie *El inspector Singh investiga - Tomo 3*

Título original: *Inspector Singh Investigates: The Singapore School of Villainy.*

© 2010, Shamini Flint

Publicado por primera vez en el Reino Unido en lengua inglesa en 2010 por Piatkus, un sello de LittleBrown Book Group.

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

comunicacion@amokediciones.es

© AMOK Ediciones para esta primera edición en España, octubre de 2023.

© 2023, Marta Vázquez Heredia, por la traducción.

© 2023, Agustín Ferrer Casas, por la ilustración.

Natalia Martínez, por la maquetación.

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño gráfico de este título:

Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-15-6

Depósito legal: M-26288-2023

Impreso por Leitzaran Grafikk

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi madre

«Quien cometa asesinato será castigado con la muerte».

Código penal de Singapur
Sección 302, capítulo 224.

Ningún hombre es una isla entera por sí mismo.
(...) la muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la humanidad; por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti.

JOHN DONNE

1

El inspector Singh bebió un poco de café; era café instantáneo, dulce y con mucha leche, justo como le gustaba. No era partidario de esas cafeteras modernas que calientan la leche al vapor y muelen el café con tanto ruido como las máquinas de las obras: prefería el hervidor de agua y la cucharilla, aunque por las mañanas el café lo preparaba su esposa, como el resto del desayuno, normalmente *chappatis*¹ con *dahl*, un *curry* de lentejas muy especiado que le encantaba. La señora Singh siempre lo tenía todo listo y el café sobre la mesa del comedor cuando él terminaba su rutina matinal, que empezaba lavándose los dientes enérgicamente con un cepillo gastado; luego se quitaba la camiseta y el viejo *sarong* de cuadros para ponerse una camisa blanca de manga larga y unos pantalones oscuros y, por último, el turbante. Para enrollar la tela en la cabeza se necesita plena atención y un espejo, porque si la punta no queda bien centrada se rompe la simetría y el turbante se desequilibra o acaba pareciendo un avispero gigante.

Singh rodeó la mesa del comedor y se sentó expectante; su esposa apareció enseguida con una bandeja llena de comida. Esa actitud de servilismo doméstico ocultaba la voluntad de hierro de la mujer con la que se había casado dando cinco vueltas alrededor del libro sagrado del sijismo en el *gurdwara* de Wilkie Road. La había visto por primera vez el mismo día de la boda, y cuando la condujeron hasta él, abatida y con ojos de corderito, sintió sobre todo un gran alivio porque no tenía una pierna de madera ni era bizca. Después

¹ Pan plano sin levadura. (*N. de la T.*)

de tantos años juntos a veces tenía la impresión de que sus sentimientos de gratitud se limitaban a esas mismas cosas; a eso y a sus excelentes guisos, por supuesto. El olor a *ghee*² caliente de los *chappatis* tostándose en la sartén ya le estaba haciendo salivar.

Se concentró en el desayuno. Singh comía sin usar cubiertos: con una mano partía trozos de *chappati*, los mojaba en el cuenco de *dabl* y se los llevaba a la boca mientras hojeaba los periódicos con la otra mano, buscando las noticias entre los anuncios de vuelos baratos y productos para adelgazar y respondiendo con sonidos guturales cuando su esposa comentaba algo.

—Tenía yo razón —dijo ella de repente.

Una de las peculiaridades de su matrimonio era que las conversaciones se prolongaban varios días. La señora Singh empezaba contándole algo relacionado con otras historias, normalmente algo escandaloso sobre algún familiar, y retomaba el relato cada vez que tenía ocasión: durante el desayuno, mientras él se vestía para ir a trabajar y cuando volvía a casa por las noches. El inspector la escuchaba solo a medias, confundía las distintas historias y solo decía algo cuando los comentarios eran tan virulentos y desagradables que no podía dejarlos correr sin un pequeño reproche.

—Tenía yo razón —repitió su esposa con más énfasis, y continuó en tono sombrío—: Ya te dije lo que iba a ocurrir.

Otro elemento de esas historias era la justificación de sus opiniones sobre el desarrollo de los acontecimientos. El inspector Singh asintió; aunque no sabía ni le importaba a qué se refería, lo prudente era mostrarse de acuerdo con lo que decía su esposa, y siguió masticando y disfrutando de la comida, contento de que estuviera lo bastante especiada para sus insensibles papilas de fumador empedernido.

—Le dejaron irse a América..., a Nueva York —añadió dudando; no estaba segura de la exactitud de ese dato—. Allí no hay gente de los nuestros, y se casó con una chica americana. —Llegaba el punto álgido de la historia, y continuó en tono triunfal—: ¡No ha tenido que solicitar el permiso de residencia, le vale con el americano!

Singh respondió con un murmullo incomprensible y se apoyó en el borde de la mesa para levantarse, lamentando una vez más que

² Mantequilla clarificada. (*N. de la T.*)

la señora Singh se empeñase en cubrir el mantel de encaje con una funda de plástico transparente. El mantel se mantenía limpio, eso sí, porque él era muy descuidado y cuando terminaba de comer siempre había salpicaduras de *curry* en la mesa, pero el tacto del plástico y la sensación pegajosa al retirar los codos le resultaba muy desagradable: le recordaba al tacto frío y húmedo de las manos de los muertos.

Singh se lavó los dedos en el aguamanil, cogió la taza de café y se repantigó en su cómodo sillón de ratán. Se entretuvo mirando a unos minás que alborotaban graznando en el jardín y se lanzaban furiosas estocadas con sus picos de color naranja peleando por una lombriz; le recordaban a sus cuñadas. Olisqueó el aire complacido al notar el aroma del fruto maduro de uno de los *cempedak*³ de su cuidado jardín, y se alegró pensando que quizá su esposa lo prepararía rebozado para merendar. Se inclinó para ponerse los calcetines resollando con la boca abierta como un pez en tierra por la presión de la tripa en los pulmones, y se calzó unas impolutas zapatillas de deporte blancas que ató cuidadosamente con un doble nudo. Esa era una de las muchas cosas que sacaban de quicio a sus superiores: que se negase a utilizar unos zapatos negros decentes para ir a trabajar. Se acordó de la última vez que el superintendente Chen había insinuado que su calzado atentaba contra la dignidad del cuerpo de Policía.

—Son cómodas —le explicó—, así puedo correr detrás de los malos.

Su jefe le había mirado de arriba abajo —como considerando su obesidad, su baja estatura y lo que le costaba mantener la posición de «firmes» y hablar al mismo tiempo—, se había girado con elegancia sobre los tacones de sus mocasines italianos de color negro, y se había marchado sin decir una palabra.

La señora Singh le devolvió al presente con una voz tan aguda y penetrante que le sonó como el arma de un crimen en versión vocal:

—No te habrás olvidado de que hoy viene Jagdesh a cenar, ¿verdad?

El inspector no solo se había olvidado de que Jagdesh estaba invitado a cenar, tampoco se acordaba de quién era Jagdesh.

—Claro que no —respondió para ganar tiempo.

³ *Artocarpus integer*. Árbol conocido como jaca de la India; el fruto es parecido al del árbol del pan. (*N. de la T.*)

Su esposa no se dejó engañar. Tenía los brazos cruzados, aunque solo se le veían los codos huesudos y reseco asomando de las mangas del caftán de batik rosa chillón.

—No te acordabas, ¿verdad?.

Singh era de esos policías que siempre animan a los sospechosos a confesar sus crímenes para facilitar las cosas pero, en ese momento, ante el agresivo cuestionamiento de su esposa, se dio cuenta de que era muy mal consejo.

—Estoy deseando volver a ver a Jagdesh —le dijo en tono poco convincente mientras sacaba el paquete de cigarrillos de un bolsillo.

—Aún no lo conoces.

El inspector pensó que debería quedarse en casa cocinando y limpiando y dejar que su esposa fuese a trabajar por él. No había nadie como ella para los interrogatorios. Bebió un poco de café y puso mala cara; ya se le había enfriado.

—Es verdad —confesó—. ¿Quién es Jagdesh y por qué viene a cenar?

—Es el sobrino de mi prima de la India, ¡pero si te he hablado de él!

Singh ya había renunciado a los subterfugios. Fulminó con la mirada a su esposa y se encogió de hombros para indicar que no recordaba en absoluto la conversación.

—Están muy preocupados por él.

—¿Quiénes?

—Sus padres. Ya tiene más de treinta años y aún no se ha casado, ¿te lo puedes creer? Pero ahora les da miedo que conozca a alguna china en Singapur.

—¿Y nosotros tenemos que impedírselo? —le preguntó Singh en tono afable—. Podríamos dejarle encerrado en el cuarto de los huéspedes cuando venga.

Su esposa solía ignorar los comentarios sarcásticos sobre sus inquietudes, pero se quedó pensativa, con el ceño ligeramente fruncido y las gruesas cejas negras alineadas, y Singh temió por un momento que se lo hubiera tomado en serio, aunque luego se dio cuenta de que seguía rumiando el espinoso problema de tener un sobrino soltero de treinta años.

—¿Y qué está haciendo en Singapur de todas formas? —le preguntó algo más irritado.

—Trabaja en un bufete de abogados muy famoso. Le va muy bien y gana mucho dinero. ¡Y sigue soltero!

—Qué suerte —murmuró Singh.

Esta vez su esposa no ignoró el comentario.

—Tú tan insolidario como siempre. El chico viene hoy a cenar; le voy a presentar a las chicas más guapas de la comunidad sij de Singapur.

—¿Y ellas también vienen a cenar?

Su esposa echaba fuego por los ojos.

—¡Eso sí que te gustaría, ¿eh?!

Singh pensó que era una acusación muy injusta; él no sería el mejor marido del mundo, ni mucho menos, pero tenía por norma no hacer el ridículo con jovencitas. En su trabajo había visto demasiados crímenes relacionados con romances que acababan mal; no quería que alguno de sus desdichados compañeros tuviera que investigar su muerte a manos de algún marido o novio enfurecido. Cogió el cigarrillo que había dejado en el cenicero y se levantó trabajosamente, pensando que iba a necesitar una grúa portátil si no perdía peso pronto. El cristal tintado de las correderas de la entrada le devolvió el reflejo de su barriga, y tuvo que reconocer que su fidelidad conyugal no era una cuestión enteramente opcional. Le dio una calada larga al cigarrillo y se dirigió hacia la puerta entre una nube de humo.

—No haces más que fumar. ¡Ya no sé dónde meterme!

Su esposa y el médico siempre le estaban dando la lata con el tema de fumar, aunque por motivos completamente distintos, pensó Singh compungido. Entendía que el médico se pusiera tan pesado porque le preocupaba su salud, pero su esposa lo hacía porque le daba vergüenza que infringiera uno de los preceptos básicos del sijismo: la prohibición de fumar.

Su esposa le despidió con una advertencia:

—Espero que vuelvas a tiempo para la cena.

Esa misma tarde un avión descendió hasta mil metros aproximándose a Singapur sobre un mar liso como un espejo salpicado de

barcos en miniatura. La franja del litoral estaba cubierta por gigantescas torres de oficinas y urbanizaciones de apartamentos. Annie Nathan estaba concentrada leyendo el *Asian Wall Street Journal*.

Escuchó el ruido del tren de aterrizaje al desplegarse, y unos minutos después el avión aterrizó en el aeropuerto de Changi. Annie desembarcó y se dirigió rápido hacia la salida ignorando el dolor de cabeza que le provocaba la mezcla de las luces fluorescentes, los dibujos de la moqueta y los escaparates repletos de artículos. Pasó por las zonas de espera sin prestar atención a las multitudes que miraban las pantallas de televisión con cara de aburrimiento, mostró brevemente su permiso de residencia a la agente de aduanas —una mujer malaya de mediana edad con ojos somnolientos—, y fue directamente a la parada de taxis porque no llevaba equipaje. Se subió a un Chrysler negro con una llamativa rejilla delantera y suspiró aliviada; después de todo el día trabajando en Kuala Lumpur, se alegraba de volver a Singapur.

El taxi salió a la autovía Pan Island para coger la autopista elevada East Coast Parkway, una superestructura de hormigón con seis carriles cubierta por enredaderas de color verde musgo. A su izquierda se extendía el mar azul turquesa salpicado de barcos: había cargueros, cruceros y yates, e incluso un par de barcos de guerra grises repletos de antenas y torretas que parecían acericos plateados. En el horizonte, una estrecha franja marrón marcaba el principio del archipiélago indonesio. Más cerca, la ciudad de Singapur relumbraba con los reflejos del sol poniente en los cristales de los rascacielos; filas y filas de grúas vigilaban las inmensas instalaciones portuarias como grandes pájaros de metal alargando el cuello hacia el mar. Desde su oficina en el piso sesenta y ocho del edificio Republic Tower se veían las mismas grúas, y también la gigantesca noria Singapore Flyer.

Contemplar el paisaje urbano de Singapur siempre despertaba su lado más ambicioso, y disfrutó unos instantes con la sensación de que ella, una joven abogada socia del bufete internacional Hutchinson & Rice, era una pieza pequeña pero necesaria en la rueda capitalista. Se le escapó una sonrisa: en esos tiempos de rescates bancarios y mercados bursátiles erráticos, esos pensamientos estaban fuera de lugar. La ambición ya no estaba bien vista, pero

en el asiento trasero de aquella berlina de lujo no le importó reconocer que a ella no le había sentado mal.

Al otro lado de la ciudad, Mark Thompson, director del bufete Hutchinson & Rice, estaba sentado en la penumbra de su despacho; el resplandor azulado de la pantalla del ordenador le hacía los rasgos más angulosos y oscurecía sus ojos color avellana. Tenía la frente despejada, el pelo ondulado y abundante aunque prematuramente encanecido, y un bigote espeso como un seto descuidado que conservaba el color castaño de su juventud. Aunque era australiano, parecía el típico abogado sudamericano de las películas; llevaba un traje negro y corbata ancha color crema con bordados, pero era fácil imaginárselo con traje de color marfil y corbata de lazo disertando ante un jurado de paisanos sudorosos en una sala con ventiladores chirriantes en el techo. Alargó la mano hacia el teléfono y se detuvo dudando; abrió el último cajón del escritorio, sacó una petaca de plata y aplacó sus nervios con un trago largo. Mark Thompson se enderezó preparándose para lo que le esperaba, y cogió el teléfono.